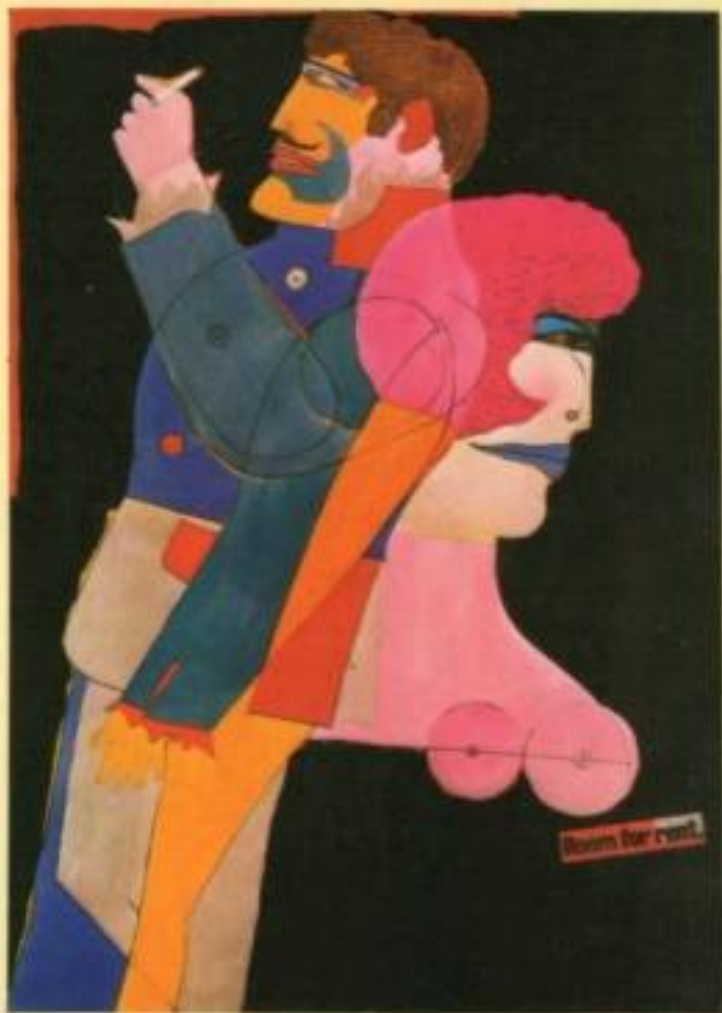


VLADIMIR
NABOKOV

Pnin



Pnin está considerada como «la más deliciosa de las novelas de Nabokov» (G. M. Hyde), «la más inmediatamente atractiva de sus obras» (Laurie Clancy) y, posiblemente, la más divertida de toda su obra, tan rebotante de humor.

Su protagonista es el profesor Pnin, un ruso de la emigración que se gana la vida dando clases a media docena escasa de alumnos desganaos que acuden a su aula como quien va a ver una película de Buster Keaton.

Pero los verdaderos enemigos del inefable e infeliz Pnin son los extraños artilugios de la modernidad: coches, electrodomésticos y demás máquinas que, al menos a él, no le facilitan precisamente la vida. Y también los mezquinos intereses y la mediocridad de sus colegas, una pandilla de ambiciosos profesorzuelos que ponen a prueba su infinita paciencia. O los psiquiatras entre los que se mueve la que fue su esposa, una mujer que nunca le amó pero de la que sigue imperturbable y conmovedoramente enamorado.

De modo que, al final, el ridiculizado Pnin acaba emergiendo como una figura casi heroica, un ser civilizado en medio de la incivilización industrial, el único que todavía conserva un resto de dignidad humana.

Nabokov satiriza aquí un mundo que a él, como emigrado, le tocó sufrir, y pocas veces se le nota tan desenvuelto, tan feliz en el acto mismo de escribir, tan capaz de transmitir el placer que, a pesar de los pesares, le daba el simple hecho de estar vivo. «Nabokov da "otra vuelta de tuerca" a sus temas favoritos: la vida como una lucha con el destino, la lúdica cualidad de esta lucha, la función de la imaginación en dicho juego... Una obra maestra, con un protagonista, Timofey Pnin, que probablemente sea la más entrañable figura de toda la obra de Nabokov». (Donald E. Morton)

CAPÍTULO PRIMERO

1

El pasajero de edad avanzada que iba sentado junto a la ventanilla del lado norte de ese vagón de ferrocarril que avanzaba inexorablemente, junto a un asiento vacío y enfrente de otros dos también vacíos, era ni más ni menos que el profesor Timofey Pnin. Idealmente calvo, bronceado y barbilampiño, comenzaba de modo notablemente majestuoso con esa su gran cúpula parda, gafas de carey (que enmascaraban una infantil carencia de cejas), simiesco labio superior, grueso cuello, y torso de forzudo circense embutido en una ajustada americana de *tweed*, pero terminaba, de forma un tanto decepcionante, en un par de piernas zanquivanas (en aquellos momentos enfraneladas y cruzadas) y unos pies de aspecto frágil, casi femeninos.

Sus informales calcetines eran de lana escarlata con los-anges lila; sus zapatos clásicos tipo oxford de color negro le habían costado casi tanto como todo el resto de su atuendo (incluida la llamativa corbata de matón). Antes de los años cuarenta, durante la severa época europea de su vida, había llevado siempre calzoncillos largos, con los extremos metidos debajo de los elásticos de sus pulcros calcetines de seda de discretos dibujos, colores sobrios, y sostenidos en sus bien protegidos gemelos por sendas ligas. En aquellos tiempos, revelar el menor vislumbre de aquella ropa in-

terior blanca levantando más de la cuenta la pernera del pantalón le hubiera parecido a Pnin una indecencia comparable a la de presentarse ante unas damas desprovisto de cuello duro y corbata; pues incluso cuando la deteriorada Mme. Roux, conserje del escuálido edificio de apartamentos del decimosexto Arrondissement de París —en donde Pnin, tras huir de la Rusia leninizada y completar su formación universitaria en Praga, pasó quince años— subía casualmente a cobrar el alquiler y le sorprendía sin su *faux col*, el mojigato Pnin se tapaba el botón superior de la camisa con su casta mano. Todo esto experimentó una transformación en el embriagador ambiente del Nuevo Mundo. Actualmente, a sus cincuenta y dos años, era un apasionado de los baños de sol, usaba camisas deportivas y pantalones holgados, y al cruzar las piernas procuraba descubrir, cuidadosa, deliberada y descaradamente, un enorme fragmento de desnuda espinilla. Esta es la imagen que hubiese podido ver cualquier otro pasajero; pero con la excepción de un soldado que dormía en un extremo, y de dos mujeres que, en el otro, sólo miraban a un bebé, Pnin tenía todo el vagón para sí.

En este momento hay que desvelar un secreto. El Dr. Pnin se había equivocado de tren. Él no lo sabía, como tampoco el revisor, que ya estaba avanzando poco a poco por el tren, camino del vagón de Pnin. De hecho, en aquel momento Pnin se sentía satisfechísimo de sí mismo. Cuando le invitó a pronunciar una conferencia la noche del viernes en Cremona —a unas doscientas verstas al oeste de Waindell, el nido universitario de Pnin desde 1945— la vicepresidente del Club Femenino de Cremona, una tal Miss Judith Clyde, aconsejó a nuestro amigo que tomase el mejor tren, el que salía de Waindell a las 13,52 y llegaba a Cremona a las 16,47; pero Pnin —que, como muchos rusos, tenía una desmedida afición por todo lo que fueran horarios, mapas y catálogos, y los coleccionaba, y se los agenciaba generosamente con el vigorizante placer que le proporcio-

naba obtener alguna cosa gratis, y con el especial orgullo que sentía cuando fijaba personalmente los horarios que más le convenían— descubrió, después de examinar el problema un buen rato, una marca no muy visible que señalaba un tren que todavía le iba mejor (salida de Waindell a las 14,19; llegada a Cremona a las 16,32); la marca indicaba que los viernes, y sólo los viernes, el tren de las 14,19 tenía parada en Cremona de camino para una ciudad mucho más lejana y grande, igualmente agraciada con un dulce nombre italiano. Por desgracia para Pnin, su horario era de hacía cinco años y resultaba parcialmente obsoleto.

Pnin enseñaba ruso en el Waindell College, una institución bastante provinciana caracterizada por el lago artificial situado en el centro de una zona ajardinada, por las galerías cubiertas de hiedra que comunicaban entre sí los diversos edificios, por unos murales en los que aparecían algunos miembros fácilmente reconocibles del claustro en el momento de transmitir la antorcha del saber recibida de Aristóteles, Shakespeare y Pasteur a las manos de un montón de monstruosamente corpulentos muchachos y muchachas de aspecto campesino, y por un enorme, activo y floreciente departamento de Germánicas, del que su director, el Dr. Hagen, decía, dándose aires de suficiencia (y pronunciando claramente cada una de las sílabas), que era «una universidad dentro de la universidad».

En el semestre de otoño del año que nos ocupa (1950), el alumnado de los cursos de lengua rusa estaba formado por una estudiante, la rolliza y vehemente Betty Bliss, del curso Intermedio, otro, apenas un nombre (Ivan Dub, que jamás llegó a comparecer) del curso Avanzado, y tres en el floreciente curso Elemental; Josephine Malklin, cuyos abuelos habían nacido en Minsk; Charles McBeth, cuya prodigiosa memoria ya se había cargado diez idiomas y estaba preparada para sepultar otros diez más; y la lánguida Eileen Lañe, a quien alguien le había dicho que para cuando llegabas a dominar el alfabeto ruso ya podías prácticamente

leer «Anna Karamazov» en el original. Como profesor, Pnin estaba lejos de ser capaz de competir con aquellas maravillosas damas rusas que, esparcidas por los Estados Unidos, y desprovistas por completo de toda formación oficial, logran sin embargo, a fuerza de intuición, locuacidad, y cierta jactancia de tipo maternal, infundir un conocimiento mágico de su difícil y bello idioma a sus grupos de alumnos de inocente mirada, en una atmósfera de canciones de la Madre Volga, caviar rojo y té; tampoco pretendía Pnin, como profesor, alcanzar las altas cumbres de la moderna lingüística científica, de esa ascética cofradía de fonemas, ese templo en el que se enseña a unos animosos jóvenes no tanto el idioma en sí, como el método que les permitirá enseñar a otros jóvenes a enseñar este método; el cual método, como una cascada que se despeña de roca en roca, deja de ser un medio que permite la navegación racional pero que quizá llegue, en algún futuro fabuloso, a permitir la creación de ciertos dialectos esotéricos —vasco básico y cosas así— que serán hablados solamente por máquinas muy complicadas. La forma de trabajar de Pnin era sin duda poco profesional y poco seria, pues estaba basada en unos ejercicios tomados de una gramática escrita por el director del departamento de lenguas eslavas de una universidad mucho más grande que la de Waindell, y que era un venerable estafador cuyo ruso no era más que un chiste pero que tuvo la generosidad de prestar su glorioso nombre al producto de una fatigosa labor que permaneció anónima. Aparte de sus muchas limitaciones, Pnin poseía un hechizador y anticuado encanto que, tal como repitió insistentemente el Dr. Hagen, su incondicional protector, ante los hoscos regentes de la institución, era un delicado artículo de importación que valía la pena pagar con moneda nacional. Mientras que el título de sociología y economía política obtenido por Pnin con cierta pompa en la universidad de Praga alrededor del año 1925 había acabado convirtiéndose en un doctorado en desuso, no encajaba del todo mal

en su puesto de profesor de ruso. Le adoraban, pero no debido a que tuviera ningún talento esencial para el desempeño de esa función, sino por aquellas inolvidables digresiones tan suyas, esos momentos en los que se quitaba las gafas para mirar sonriente al pasado mientras les hacía masaje a los lentes del presente. Nostálgicas excursiones en entrecortado inglés. Golosinas autobiográficas. De cómo llegó Pnin a los *Soedinyon'ie Shtati* (Estados Unidos).

—Examen en barco antes de bajar a tierra. ¡Muy bien! «¿Alguna cosa que declarar?» «Nada». ¡Muy bien! Después, preguntas políticas. «¿Es usted anarquista?», pregunta él. Yo le contesto —breve intermedio por parte del narrador para permitir unas desahogadas sonrisas—. «Primero, ¿qué entendemos por “anarquismo”? ¿Anarquismo práctico, metafísico, teórico, místico, abstracto, individual, social? Cuando yo era joven, le digo, todas y cada una de estas cosas tenían su significado especial». De modo que sostuvimos una discusión muy interesante, a consecuencia de la cual me pasé dos semanas enteras en la isla de Ellis. —El estómago empieza a agitarse; se agita; narrador convulsionado.

Pero, en este terreno del humor, todavía daba mejores lecciones. Con cierto aire de coqueto disimulo, el benévolo Pnin, preparando ya a los niños para la magnífica diversión que antaño disfrutara él mismo, y revelando desde este momento, con su incontrolable sonrisa, un juego incompleto pero formidable de dientes leonados, abría a veces un maltrecho libro ruso por el elegante registro de piel de imitación que había colocado cuidadosamente con anterioridad; abría el libro, y en este momento aparecía la mayor parte de las veces un gesto de profunda decepción que alteraba sus plásticos rasgos; boquiabierto, febril, hojeaba el volumen a derecha e izquierda, y podían transcurrir varios minutos antes de que encontrara la página buscada, o llegara finalmente a la conclusión de que, después de todo, había abierto el libro en el lugar deseado. Por lo general, el pasaje de su elección procedía de alguna antigua e inge-

nua comedia costumbrista sobre la clase mercantil, pergeñada por Ostrovski hacía casi un siglo, o de alguna muestra igualmente antigua pero más anticuada incluso, de trivial alegría leskoviana, cuya gracia estaba basada en los contorsionismos verbales. Pnin no leía estos rancios productos con la seca sencillez de la compañía Artistas de Moscú sino con el rotundo entusiasmo del clásico Alexandrinka (un teatro de Petersburgo); pero como para apreciar el resto de diversión que pudiesen conservar todavía aquellas páginas no solamente había que poseer un sólido conocimiento de la lengua vernácula, sino también una buena dosis de conocimientos literarios, y como su pobre alumnado carecía de ambos, el intérprete se quedaba solo disfrutando las sutilezas asociativas de su texto. La agitación que ya hemos indicado en relación con otro asunto se convertía aquí en un auténtico terremoto. Conduciendo su memoria, con todas las luces y todas las máscaras de la mente, hacia los días de su ferviente y receptiva juventud (en un brillante cosmos que, por haber sido abolido de un solo golpe de la historia, parecía más fresco incluso), Pnin se embriagaba con sus vinos particulares a medida que iba proporcionando uno tras otro nuevos ejemplos de los que sus oyentes suponían educadamente que debía de ser humor ruso. Llegaba un momento en el que la diversión acababa resultándole insoportable; unos lagrimones en forma de pera resbalaban por sus bronceadas mejillas. No sólo sus escalofriantes dientes, sino incluso una cantidad asombrosamente grande del tejido en su encía superior, asomaban de repente, como si alguien hubiese abierto una caja de resorte, y se le escapaba la mano hacia la boca mientras sus anchos hombros se estremecían y brincaban. Y aunque el sofocado parlamento que emitía bajo su danzarina mano era ahora doblemente ininteligible para los alumnos, su propia rendición incondicional a la risa resultaba irresistible. Para cuando ya no podía controlarse, sus alumnos se partían también de risa: Charles soltaba bruscos ladridos de hilaridad mecá-

nica; un deslumbrante fluir de carcajadas insospechadamente encantadoras transfiguraban a Josephine, que no era guapa; y Eileen, que sí lo era, se derretía en una gelatina de risillas inelegantes.

Nada de lo cual altera la circunstancia de que Pnin se hubiese equivocado de tren.

¿Cómo podríamos diagnosticar su triste caso? Pnin, habría sobre todo que subrayar, era lo menos parecido a esa bonachona vulgaridad alemana que se conocía durante el siglo pasado con el calificativo de *der zerstreue Professore*. Por el contrario, era un hombre exageradamente cauteloso, exageradamente en guardia ante las trampas diabólicas, exagerada y dolorosamente alerta ante la posibilidad de que su excéntrico medio ambiente (la imprevisible Norteamérica) le indujera mediante engaños a incurrir en cualquier tipo de ridículo descuido. Era el mundo el que andaba siempre despistado, y a Pnin le correspondía la misión de enderezarlo. Su vida era una lucha constante con insensatos objetos que se rompían, o que le atacaban, o que se negaban a funcionar, o que se perdían maliciosamente en cuanto entraban en la esfera de su existencia. Su torpeza manual alcanzaba extremos infrecuentes; pero como sabía manufacturar en un abrir y cerrar de ojos una armónica de una sola nota con una vaina de guisante, hacer que una piedra plana rebotara diez veces en la superficie de un estanque, formar con sus nudillos la sombra chinesca de un conejo (con su parpadeante ojo incluido), y hacer algunas otras inocentes gracias de esas que los rusos llevan ocultas en la manga, creía poseer un considerable grado de habilidad manual y mecánica. Los artilugios modernos le hechizaban, provocándole una curiosa forma de deslumbrado y supersticioso placer. Le encantaban los aparatos eléctricos. Los plásticos le hacían levitar. Sentía una profunda admiración por las cremalleras. Pero el reloj que enchufaba devotamente por la noche le echaba a perder sus mañanas cada vez que una tormenta nocturna paralizaba la central eléctrica.

ca de la zona. La montura de sus gafas se le partía por la mitad, dejándole con un par de piezas idénticas que él trataba de unir con la esperanza, quizá, de que algún prodigio de restauración orgánica acudiera en su ayuda. La cremallera que mayor importancia tiene para los caballeros solía estropeársele y abrísele desconcertantemente en la pesadilla de ciertos momentos de desesperada prisa.

Y seguía sin saber que se había equivocado de tren.

En el caso de Pnin había una zona de peligro muy especial, el idioma inglés. Aparte de algunas expresiones sueltas, no muy útiles, como «*the rest is silence*», «*nevermore*», «*weekend*», «*who's who*», y unas pocas palabras corrientes como «*eat*», «*Street*», «*fountain pen*», «*gángster*», «*Charleston*», «*marginal utility*», no sabía ni jota de inglés cuando salió de Francia rumbo a los Estados Unidos. Una vez allí se dedicó testarudamente a la tarea de aprender la lengua de Fenimore Cooper, Edgar Poe, Edison y treinta y un presidentes. En 1941, al término de un año de estudios, había adquirido el suficiente dominio como para emplear con sospechosa facilidad frases hechas como «*wisbful thinking*» y «*okey-dokey*». A la altura de 1942 podía interrumpir su narración con la frase «*to make a long story short*». Cuando Truman comenzó su segundo mandato, Pnin ya podía hablar prácticamente de cualquier tema; pero, por lo demás, sus avances parecían haberse interrumpido a pesar de sus esfuerzos, y en 1950 su inglés seguía estando preñado de imperfecciones. A modo de complemento de sus cursos de ruso, aquel otoño dio una conferencia semanal en el llamado simposio («Europa desalada. Revisión de la cultura europea contemporánea») que dirigía el Dr. Hagen. Todas las conferencias de nuestro amigo, incluyendo las que daba de vez en cuando en otras localidades, eran editadas por uno de los miembros más jóvenes del departamento de Germánicas. El procedimiento era bastante complicado. El profesor Pnin traducía laboriosamente su propia verborrea rusa, en la que sobreabundaban los refranes de su propio idio-

ma, a su flojo inglés. El joven Miller revisaba luego este texto. Después, la secretaria del Dr. Hagen, una tal Miss Eisenbohr, lo pasaba a máquina. Finalmente, Pnin tachaba los fragmentos que le resultaban incomprensibles. Y luego leía la conferencia ante su público de cada semana. Era incapaz de decir palabra sin el texto preparado de antemano; pero tampoco podía utilizar ese antiguo método que consiste en disimular ese fallo alzando y bajando la vista, cazando al vuelo un puñado de palabras, soltándoselas rápidamente al público y alargando luego el final de la frase mientras se lleva a cabo una zambullida a por la siguiente. Los preocupados ojos de Pnin se hubieran perdido por el camino. En consecuencia, prefería leer sus conferencias, pegada la mirada al texto, con una lenta y monótona voz de barítono que parecía estar trepando por una de esas interminables escaleras que utilizan las personas a quienes les dan pánico los ascensores.

Al revisor, una persona de aspecto paternal y cabello canoso que llevaba unas gafas de montura de acero colocadas en una zona bastante baja de su simple y funcional nariz, y un pedacito de sucia cinta adhesiva en el pulgar, le faltaban sólo tres vagones para llegar al último, el de Pnin.

Pnin se había entregado, mientras, a la tarea de satisfacer uno de los más vehementes deseos pnínicos. Estaba en un dilema típicamente pnínico. Entre otros artículos indispensables para una estancia pnínica de una sola noche en otras ciudades, tales como, por ejemplo, hormas de zapatos, manzanas, diccionarios, etc., su maleta tipo *gladstone* contenía un traje relativamente nuevo que tenía intención de ponerse por la tarde para dar la conferencia («¿Son comunistas los rusos?») ante las señoras de Cremona. También contenía el texto de la conferencia del próximo lunes para el simposio («Don Quijote y Fausto»), que quería estudiar al día siguiente, durante el viaje de regreso a Waindell, y un trabajo de su alumna Betty Bliss («Dostoievski y la psicología de la *Gestalt*»), que esta había preparado para el

Dr. Hagen, director de sus celebraciones. El dilema era el siguiente: si guardaba el manuscrito de Cremona —un fajo de hojas tamaño máquina de escribir, cuidadosamente dobladas por la mitad— en la seguridad de su propio calor corporal, lo más probable, al menos en teoría, era que se olvidara de cambiárselo de la chaqueta que ahora llevaba puesta a la que luego se tenía que poner. Por otro lado, suponiendo que metiera la conferencia en el bolsillo de la americana del traje que *en aquel momento* se encontraba dentro de la maleta, estaba seguro de que se sentiría al punto torturado por la posibilidad de que le robaran el equipaje. En tercer lugar, llevaba en el bolsillo interior de la americana que vestía ahora una preciosa cartera con dos billetes de diez dólares, el recorte de prensa de una carta que Pnin había escrito, con mi ayuda, al *New York Times* en 1945 respecto a la conferencia de Yalta, así como su certificado de nacionalización; y era físicamente posible sacar la cartera, caso de que la necesitase, de un modo tal que se le cayera, fatalmente, la doblada conferencia. Durante los veinte minutos que llevaba en el tren, nuestro amigo ya había abierto dos veces su maleta para jugar con sus diversos papeles. Cuando el revisor llegó a su vagón, el diligente Pnin estaba examinando atentamente, y con notables dificultades, el último esfuerzo intelectual de Betty, que comenzaba diciendo: «Cuando tomamos en consideración el clima mental en el que todos nosotros vivimos, no podemos pasar por alto...».

El revisor entró; no despertó al soldado; les prometió a las mujeres que las avisaría cuando estuvieran a punto de llegar; y ahora movía la cabeza negativamente mientras miraba el billete de Pnin. La parada de Cremona había sido suprimida hacía dos años.

—¡Importante conferencia! —exclamó Pnin—. ¿Qué hacer? ¡Es una catástrofe!

Grave, cómodamente, el canoso revisor se hundió en el asiento que estaba enfrente de Pnin y consultó en silencio

un desencuadernado libro repleto de manoseadas hojas sueltas. Dentro de pocos minutos, a saber, a las 3,08, Pnin tendría que apearse en Whitchurch; esto le permitiría coger el autobús de las cuatro en punto que, alrededor de las seis, le depositaría en Cremona.

—Yo creía que ganaba veinte minutos y ahora he perdido casi dos horas —dijo amargamente Pnin. Después de lo cual, aclarándose la garganta e ignorando el consuelo que le ofrecía el amable canoso («Ya verá cómo llega a tiempo»), se quitó las gafas, tomó su pesadísima maleta, y se encaminó a la salida del vagón para esperar allí que el confuso verdor que se deslizaba casi rozando el tren fuera anulado y reemplazado por la estación de la que estaba pendiente.

2

Whitchurch se materializó a la hora prevista. Una caliente y aletargada extensión de cemento y sol yacía más allá de la geometría sólida de varias sombras bien recortadas. El clima de aquella localidad era increíblemente veraniego para octubre. Alerta, Pnin entró en una especie de sala de espera provista de una innecesaria estufa en el centro, y miró a su alrededor. En un solitario nicho se podía distinguir la mitad superior de un sudoroso joven que rellenaba impresos en el amplio mostrador de madera que tenía ante sí.

—Información, por favor —dijo Pnin—. ¿Dónde para autobús de las cuatro para Cremona?

—Justo al otro lado de la calle —contestó enérgicamente el empleado sin *alzar* la vista.

—¿Y dónde posible dejar equipaje?

—¿Esa maleta? Déjemela a mí.

Y con esa falta de ceremonia tan propia del país y que siempre dejaba perplejo a Pnin, el joven metió la maleta en un rincón de su escondrijo.

—¿Cuitancia? —preguntó Pnin, dando forma inglesa a la palabra rusa que significa «recibo» (*kvitantsiya*).

—¿Y eso qué es?

—¿Número? —probó Pnin.

—No necesita ningún número —dijo el tipo, y siguió escribiendo.

Pnin salió de la estación, comprobó dónde estaba la parada del autobús, y entró en un café. Consumió un emparedado de jamón en dulce, pidió otro, y también lo consumió. Exactamente a las cuatro menos cinco, tras haber pagado la comida pero no un excelente palillo que eligió cuidadosamente de la tacita en forma de pifia que se encontraba al lado de la caja registradora, Pnin regresó a la estación para recoger su maleta.

El encargado era ahora otra persona. El primero había tenido que llevar urgentemente a su esposa a la maternidad. Tardaría cinco minutos en regresar.

—¡Pero tengo que obtener mi maleta! —exclamó Pnin.

El sustituto lo lamentó, pero no podía hacer nada.

—¡Está ahí! —exclamó Pnin inclinándose sobre el mostrador y señalando.

Fue un acto desafortunado. Todavía se encontraba señalando cuando comprendió que la maleta que reclamaba no era la suya. Su índice vaciló. Esa vacilación fue fatal.

—¡Mi autobús para Cremona! —exclamó Pnin.

—Hay otro a las ocho —dijo el empleado.

¿Qué podía hacer nuestro pobre amigo? ¿Qué situación tan terrible! Volvió la vista hacia la calle. El autobús acababa de llegar. Aquel compromiso significaba unos ingresos suplementarios de cincuenta dólares. Su mano voló a su costado derecho. ¡Seguía allí, *slava Bogu* (gracias a Dios)! ¡Muy bien! No se pondría el traje negro: *vot i vsyo* (eso era todo). Ya lo recuperaría en el viaje de regreso. En sus tiempos ha-

bía perdido, tirado y abandonado muchas cosas más valiosas. Enérgica y casi alegremente, Pnin subió al autobús.

Llevaba soportando esta nueva fase de su viaje apenas unas pocas manzanas cuando una terrible sospecha le invadió. Desde el momento mismo en que se había visto separado de su maleta, la punta de su índice izquierdo había estado paseándose por las proximidades de su codo derecho para asegurarse de cierta preciosa presencia del bolsillo interior de su americana. De repente extrajo aquella cosa. Era el trabajo de Betty.

Emitiendo lo que a su buen entender eran las exclamaciones internacionales de ansiedad y súplica, Pnin se levantó dando bandazos de su asiento. Con paso tambaleante, llegó hasta la puerta. Con una sola mano, el conductor ordeñó un puñado de monedas de su maquineta, le devolvió el precio del billete, y detuvo el autobús. El pobre Pnin aterrizó en mitad de una ciudad desconocida.

No era un hombre tan vigoroso como insinuaba su hinchado pecho, y la ola de impotente fatiga que sumergió bruscamente su inarmónico cuerpo, arrancándole, por así decirlo, de la realidad, era una sensación que no le resultaba desconocida. Se encontró en un parque húmedo, verde y purpúreo, de los de tipo ortodoxo, funéreo, basado sobre todo en sombríos rododendros, lustrosos laureles, frondosos árboles de sombra y céspedes con la hierba muy recordada; y apenas se había encaminado por una avenida de castaños y robles que, según le había dicho descortésmente el conductor, le conduciría de regreso a la estación de ferrocarril, cuando aquella misteriosa sensación, aquella comezón de irrealidad, lo dominó por completo. ¿Era acaso alguna cosa que había comido? ¿Ese picante pepinillo que acompañaba al jamón? ¿O una enfermedad extraña que ninguno de sus médicos había detectado aún? Eso se preguntó mi amigo, y eso mismo me pregunto yo.

No sé si alguien ha subrayado alguna vez antes de ahora que una de las principales características de la vida es su